

Él era un urbanita. Le gustaba vivir en aquella gran ciudad. Disfrutaba del ruido, los coches, la gente... le gustaba perderse entre los altos edificios, sin mirar nunca hacia el cielo. Él prefería recorrer el mundo mirando a los lados, para no tropezar con todas aquellas personas que le rodeaban.

Así se sentía feliz. Nunca pensó que aquella vida pudiera cambiar. No se dio cuenta de que no se pueden planear futuros, porque cuando menos te lo esperas, todo cambia y tú no puedes hacer nada para remediarlo.

La vida es así, asombrosa e impredecible y... todo se desmoronó el día que a su esposa Irene le diagnosticaron un cáncer. Ella se fue yendo despacito y él se fue apagando a su lado.

Cuando todo acabó, él se sintió solo, rodeado de gente, pero en absoluta soledad. Le molestaba el ruido, los coches, la gente... ni tan siquiera le apetecía volver a casa después de trabajar. Sin Irene aquello no era un hogar. Ya no olía a cocido madrileño los martes, ni a pollo asado los viernes, ya no olía a Irene...

Tomó una drástica decisión. Estaba a punto de jubilarse y decidió adelantarlo, vendió la casa y se fue a otro lugar, a empezar de nuevo, tan solo se llevaría los recuerdos.

Abrió el mapa de España, cerró los ojos y bajó el bolígrafo. Cuando los abrió, el boli señalaba un pueblo, Entrena.

Era un pueblo en la ladera de un monte, lo rodeaban las viñas y los árboles frutales. Estaba cerquita de Logroño y le pareció un sitio maravilloso para comenzar de nuevo.

Alquiló una casa, un poco alejada del pueblo, desde cuyo porche se contemplaban las montañas, las nubes, los aguiluchos volando y tenía el cielo más azul que él hubiera visto jamás.

Recorría el pueblo por la noche, cuando todos dormían. Él salía a deambular por las callejuelas, se sentaba en la plaza, al lado de la fuente, con el rumor del agua recordándole a Irene.

El tiempo pasó deprisa y le ayudó a recomponerse, cada día era un poco más feliz. Aunque le había cogido gusto a la soledad, comprendió que necesitaba relacionarse con los lugareños. Conocerlos y darse a conocer, aunque siguiera siendo de por vida “el forastero”.

En sus rondas nocturnas, descubrió que había 5 bares y que si quería empezar a relacionarse, no había sitio mejor.

En Entrena fue viendo que todos los negocios eran familiares, y el ambiente daba muestras de ello. No se encontraba con camareros cabreados por su bajo sueldo o condiciones precarias. Eran bares que luchaban codo con codo, como una manera de sobrevivir en familia, y los lazos se unían para salir adelante.

Era primavera y el calorcito se hacía notar, y con él la gente parecía florecer a la sombra de las terrazas. Mientras los niños jugaban, los padres se despreocupaban en las terrazas de los bares de la plaza.

En “El Coso” pidió un “cojonudo”. Los chicos de la mesa de al lado le explicaron lo rico que estaba y quería probarlo. Nunca había oído que existiera un pincho con un nombre tan peculiar. También probó los mejillones. Eran grandes, sabrosos y... ¡picantes!

Se notaba que el bar estaba modernizado, era pequeño pero precioso, con plantas que le daban color y música para amenizar la visita, y es que siempre le había gustado la música en los bares.

Se sentó en la terraza de al lado, el "Oses". Un bar opuesto al anterior, grande, antiguo y con solera, de los de toda la vida. Degustó un pincho de langostino y pulpo, y supo que volvería a repetir.

Aun era pronto y se aventuró a conocer el resto de bares. Descubrió que en el "Bariloche" podría echar la Primitiva y se prometió no olvidarse ni una semana de pasar a tentar a la suerte, acompañando el juego con una corteza gigante y un vino Rioja.

Siguió su procesión hasta acabar en "El Jubilado", y muy a su pesar el nombre no le hacía justicia, ya que se llenaba de gente joven jugando al billar. Un bar grande que se llenaba de música los días de fiesta, con sus disfraces, farolillos y la esperada Feria de Abril.

Con el estómago saturado decidió que su última parada en El Frontón sería para un café y su chupito digestivo correspondiente. Mientras ojeaba un libro para dar tiempo a que la bebida se templase, oyó como unos jóvenes reservaban plaza para cenar y tomó nota.

Resultó ser que había diferentes y variadas maneras de ocio en ese pueblecito.

De pronto se dio cuenta de lo maravilloso que había sido su día por fin, casi podría tildarlo de felicidad de nuevo, y en ese momento supo que Entrena era su lugar en el mundo y que la soledad no volvería a ser su acompañante por mucho tiempo.